

Escenarios internacionales

No es por casualidad que los estudios sobre las relaciones internacionales hayan estado presentes entre las iniciales preocupaciones del Centro de Estudios Avanzados, creado para indagar, desde el rigor universitario, los fenómenos más relevantes del mundo en que estamos instalados. Con cierta libertad que tolera los saltos de la imaginación, podríamos describir esos estudios de las relaciones internacionales como la tarea plural –es decir, desde diversos enfoques y sin estrechez de criterios– tendiente a conocer cómo habitan las naciones (la Argentina entre otras) en medio de las naciones del mundo. *Habitar*, en este caso, presupone una historia de armonías y conflictos, de esperanzas y fracasos, de reacomodos frecuentes y, más de una vez, de situaciones de perplejidad que dan cuenta de un rumbo que se ha perdido. Así son las naciones; tan semejantes a los hombres que viven en ellas. Si intentáramos alguna justificación para esta manera de aproximarnos al tema que reúne los trabajos de este número de *Estudios*, bastaría con verificar que el concepto mismo de “internacional” supone un entre-naciones que sitúa a las *naciones* como referente privilegiado de este campo de estudio.

Sin embargo, y en otro sentido, se podría señalar que no son pocas –ni siempre advenedizas– las voces que se han levantado para diferenciar los Estados, que al fin y al cabo son los que establecen vínculos con el extranjero, de la totalidad de la nación. El Estado, suele argüirse, a veces expresa la voluntad de una parte limitada del conjunto (la parte ocasionalmente dominante) y, de manera más o menos prepotente, arrastra a la población entera en una apuesta no elegida por todos. Pero estas sutilezas, en los hechos, tal vez sólo constituyan minuciosidades académicas a las que una revista como *Estudios*, propuesta como lugar de interrogantes, acoge con beneplácito. Porque no está en los objetivos de este número, no se ha puesto especial cuidado en el despliegue de análisis rigurosamente teóricos, aunque la teoría no está negada: como siempre ocurre, circula felizmente entre las anfractuosidades de los textos.

El estudio de las llamadas “relaciones internacionales”, atravesadas por preocupaciones no rutinarias, expande su significación y se entrelaza íntimamente con la historia y la política en su sentido más generoso; pero es preciso señalar que su actualidad, la urgencia de tenerlos en cuenta para cualquier teoría explicativa del mundo tal como es, no siempre ha sido puesta en evidencia en los análisis de la sociedad y de la cultura. Los “escenarios internacionales”, tal como son sugeridos en este número, incluyen pero van más allá de las relaciones internacionales.

El escenario que nos toca vivir, en el que debemos actuar, está marcado por el vértigo. Nunca antes el tiempo de una sola vida humana había podido dar testimonio de tantos y tan intensos acontecimientos. Suele repetirse que el siglo

XX, que apenas hemos dejado atrás, ha concentrado las conquistas humanas más sorprendentes y, a la vez, las muestras más abrumadoras de crímenes colectivos. Queda por analizar si ambos extremos son antagónicos o están unidos por un secreto denominador común. Mucho menos dudoso resulta afirmar que las conflictivas relaciones entre países, que a veces eran receptáculos simbólicos de concepciones del mundo y que buscaban imponerse a través de las fronteras, están en la raíz misma de los acontecimientos. Somos aún hoy, y tal vez por un tiempo imprevisiblemente largo, ecos deformados de la "Guerra Fría". Olvidarlo ha dado muchas veces como resultado la convicción de que la historia es el relato contado por un loco; pero sin la inmensa verdad trágica de la expresión shakespeariana. Sin memoria, el relato de la historia, en efecto, puede parecer el balbuceo de algo espantosamente idiota.

La comprensión de nuestra historia actual se beneficiaría con la evocación de algunos hechos que merecen el esfuerzo de la memoria. El 17 de julio de 1945 se reunieron en Postdam, Alemania, los jefes de Gobierno de las principales potencias que constituyeron la coalición aliada durante la Segunda Guerra Mundial: Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética. El Acuerdo de Postdam, firmado por los *Tres Grandes*, marcaría la existencia del mundo hasta nuestros días, aunque su recuerdo parezca desteñido. El escenario mostraba una Alemania que se había rendido hacía apenas dos meses, después que los ejércitos de Stalin hicieron flamear la bandera roja en el corazón mismo del poder nazi; el 16 de julio, un día antes de comenzar la Conferencia, Estados Unidos había efectuado un ensayo exitoso de la bomba atómica en los desiertos de Nueva México, y durante el Encuentro el presidente norteamericano anunció a sus amigos que pocos días después el arma más potente de todos los tiempos sería utilizada contra Japón. Al margen de las coincidencias que perfeccionarían el triunfo aliado, sobre el Acuerdo ya se proyectaban, como sombras insuperables, los poderosos símbolos (la bandera roja y el poder atómico) que abrirían, casi sin solución de continuidad, las puertas de la Guerra Fría; una disputa que durante medio siglo no dejó de marcar ningún acontecimiento, que condicionó buena parte de las conductas políticas en todos los rincones y que pesó (¿pesa todavía?) en el devenir de los países latinoamericanos. Algunos bastidores del actual escenario internacional conservan el aroma de aquellos orígenes que pueden ayudar a entender nuestro actual mundo, llamado globalizado, que parece llamado a diluir sus fronteras en pos de un entendimiento universal y que cada día arriesga ser el inicio de impiadosos finales. Si los estudios sobre las relaciones internacionales se afirman en la búsqueda de los meandros que, a lo mejor, explican, al menos, cómo hemos llegado hasta aquí y sugieren rumbos posibles para el futuro, todos los esfuerzos que se realizan encuentran justificación. Este número de *Estudios* admite una mirada optimista.

Héctor Schmucler